

los dos ejércitos cristiano y sarraceno, ocurrieron circunstancias dignas de especial mención.

Hallábase Almanzor, dicen, á la vista de una poderosa hueste de cristianos de Galicia y Castilla en el año 370: trababan los campeadores de ambos ejércitos frecuentes escaramuzas más ó menos sangrientas y porfiadas. En esta ocasion preguntó Almanzor al esforzado caudillo Mushafa «¿Cuántos valientes caballeros crees tú que vienen en nuestra hueste?—Tú bien lo sabes, le respondió Mushafa.—¿Te parece que serán mil caballeros? volvió á preguntar Almanzor.—No tantos.—¿Serán quinientos?—No tantos.—¿Serán ciento, ó siquiera cincuenta?—No confío sino en tres; respondió el caudillo.» A este tiempo salió del campo cristiano un caballero bien armado y montado, y avanzando hácia los musulmes, «¿Hay, gritó, algún musulman que quiera pelear conmigo?» Presentóse en efecto un árabe, peleó el cristiano con él y le mató. «¿Hay otro que venga contra mí?» volvió á gritar el cristiano. Salió otro musulman, comenzó el combate, y el cristiano le mató en menos tiempo que al primero. «¿Hay todavía, volvió á exclamar el cristiano, algún otro, ó dos ó tres juntos, que quieran batirse conmigo?» Presentóse otro arrogante musulman, y á las pocas vueltas, dice su misma crónica, le derribó el cristiano de un bote de lanza. Aplaudían los cristianos con algazara y estrépido, desesperaba el despecho y la indignacion á los musulmes, y el cristiano

volvió á su campo, y al cabo de breves momentos viósele reaparecer en otro caballo no menos hermoso que el primero, cubierto con una gran piel de tigre, cuyas manos pendían anudadas á los pechos del caballo, y cuyas uñas parecían de oro. «Que no salga nadie contra él, exclamó Almanzor.» Y llamando á Mushafa le dijo: «¿No has visto lo que ha hecho este cristiano todo el día?—Lo he visto por mis ojos, respondió Mushafa, y en ello no hay engaño, y por Dios que el infiel es muy buen caballero, y que nuestros musulmes están acobardados.—Mejor dirías afrentados, repuso Almanzor.»

En esto el esforzado campeón con su feroz caballo y su preciosa cubierta de piel se adelantó y dijo: «¿No hay quien salga contra mí?—Ya veo, Mushafa, exclamó Almanzor, ser cierto lo que me decías, que apenas tengo tres valientes caballeros en toda la hueste: si tú no sales, irá mi hijo, y sinó irá yo, que no puedo sufrir ya tanta afrenta.—Pues verás, replicó Mushafa, que pronto tienes á tus pies su cabeza, y la erizada y preciosa piel que cubre su caballo.—Así lo espero, dijo Almanzor, y desde ahora te la cedo para que con ella entres orgulloso en el combate.» Salió Mushafa contra el cristiano y este le preguntó: «Quién eres tú y á qué clase perteneces entre los nobles musulmes?» Mushafa blandiendo la lanza le respondió: «Esta es mi nobleza, esta es mi prosapia.» Pelearon, pues, ambos adalides con igual

brio y esfuerzo, hiriéndose de rudos botes de lanza, revolviendo sus caballos, parando los golpes, y entrando y saliendo el uno contra el otro con admirable gallardía. Pero el cristiano estaba ya cansado, y Mushafa, joven y ágil, acertó á revolver su corcel con mas presteza, y dando una mortal lanzada á su valiente competidor logró derribarle del caballo: saltó Mushafa del suyo, y le cortó la cabeza y despojó al caballo de la hermosa piel, y corriendo con uno y otro despojo á Almanzor, fué recibido de este con un abrazo, é hizo proclamar su nombre en todas las banderas del ejército. Dada despues la señal del combate, empeñáronse ambas huestes en sangrienta batalla, que vinieron á interrumpir las sombras de la noche. Al dia siguiente los cristianos no se atrevieron á volver á la pelea, y se retiraron al asomar el dia. Almanzor volvió triunfante á Córdoba (1).»

Las dos irrupciones del año siguiente (de julio de 981 á junio de 982) fueron tambien sobre Castilla, que los árabes seguian nombrando Galicia. El fruto de la primera fué la toma de Zamora, con otras cien fortalezas y poblaciones, cuyas murallas hizo abatir. Los cautivos de ambos sexos, los ganados y despojos que Almanzor cogió en esta campaña fueron tantos, que al decir de sus historiadores faltaban carros y acémi-

(1) Conde, cap. 97. ¡Lástima grande que no nos haya sido transmitido el nombre de aquel valeroso castellano, digno de figurar entre los héroes de los tiempos heroicos!

las en que llevarlos, y cada soldado tuvo ocasion de saciar bien su codicia. Dicen que Almanzor entró en Córdoba precedido de mas de nueve mil cautivos que iban en cuerdas de á cincuenta hombres, y que el wali de Toledo Abdala ben Abdelaziz llevó á aquella ciudad cuatro mil, despues de haber hecho cortar en el camino igual número de cabezas cristianas, si bien esta última circunstancia no la dan por tan segura, ó al menos aparentan tener para ellos mismos el carácter de rumor. No fué tan feliz el incansable enemigo de los cristianos en la espedicion del otoño de aquel mismo año. Sin oposicion ni resistencia habia pasado el Duero el ejército musulman y llegado á las frondosas márgenes del Esla, pero no sin que los cristianos los siguiesen y observasen desde las alturas. Allí, creyéndose seguros los sarracenos, dejaron sus caballos forragear libremente y que paciesen la yerba que entre espesas alamedas viciosa crecia, y entregáronse ellos tambien descuidadamente al solaz en aquellas frescuras. Los cristianos que los atalayaban aprovecharon tan buena ocasion y cayeron impetuosamente sobre ellos esparciendo con sus gritos de guerra el terror y el espanto en el campo enemigo. Los mas valientes corrieron á las armas y quisieron prepararse á la defensa, pero la multitud despavorida huyendo sin direccion y sin concierto, atropellando los de la primera á los de la segunda hueste de los dos en que estaban divididos los árabes, dió ocasion

á que las espadas de los cristianos se cebáran en la sangre de sus confiados enemigos. En este estado, bramando de despecho Almanzor, arroja al suelo su dorado turbante, y llama á voz en grito por sus nombres á los mas esforzados caudillos: estos al ver la cabeza de Almanzor desnuda y sus desesperados ademanes, se agrupan en derredor suyo, y tanto supo enardecerlos con sus enérgicas palabras y con el ejemplo de su desesperado arrojo, que revolviendo sobre los cristianos los persiguieron hasta encerrarlos en Leon (Medina Leyonis), y hubieran acaso penetrado en la ciudad, si una borrasca repentina de nieve y granizo no los hubiera obligado á suspender la marcha y á pensar en retirarse por temor á la cruda estacion del invierno que se anunciaba (1).

¿Cómo era posible que Almanzor en su orgullo pudiera olvidar ni dejar sin venganza el descalabro del Esla? Desde entonces su pensamiento, su idea dominante fué la de destruir la córte de los cristianos. Preparóse á ello como para una grande empresa haciendo construir en Córdoba ingenios y máquinas

(1) Monach. Silens. Chron. n. 71.—Conde, cap. 97.—Como este suceso acaeciese el año en que dejó de reinar en Leon Ramiro III., y en que fué entronizado Bermudo II., no se sabe con certeza en cuál de los dos reinados ocurriese, y dádase mas porque ninguna crónica árabe ni cristiana nombra á ninguno de los dos

reyes, infiriéndose que ni uno ni otro se hallaron presentes al combate. Si hemos de creer una indicacion del Cronicon Iriense (n. 42), Almanzor obraba acaso de acuerdo con Bermudo, á quien este parece habia hecho ofrecimientos porque le ayudára á posesionarse del reino de Leon.

de batir sobre el modelo de las romanas; que eran los muros de Leon altos y gruesos, flanqueados de elevadas torres y defendidos por puertas de bronce y de hierro. Provisto ya de maquinaria, y congregadas las huestes de Andalucía, de Mérida y de Toledo, y lo que era mas sensible, acompañado de algunos condes tráfugas cristianos (1), partió al año siguiente á las fronteras de Leon y Castilla resuelto á tomar á toda costa la ciudad. Reinaba ya en ella Bermudo II. llamado el Gotoso, por la enfermedad de gota que padecía. Si antes habia hecho el hijo de Ordoño III. algun concierto con Almanzor, debió conocer ahora que no iba el guerrero musulman dispuesto á respetar antiguas relaciones. Asi hubo de persuadirselo el nuevo monarca leonés cuando se resolvió á abandonar su apetecida capital y á refugiarse á Oviedo, llevando consigo las alhajas de las iglesias, las reliquias de los santos, y los restos mortales de los reyes sus mayores: triste y melancólica procesion, que recordaba los dias angustiosos de la pérdida de España (2).

Con todo eso no fué ni pronta ni fácil la toma de la ciudad, cuya defensa habia quedado encomendada al valeroso conde de Galicia Guillermo Gonzalez. Eran ya los bellos dias de la primavera de 984 cuando Almanzor, estrechado el cerco, hizo jugar incesante-

(1) Pelagii Ovetens. Chron. *agritudine nimium gravatus, cum non posset barbaro obviare,*

(2) *Rex autem Veremundus se recepit Ovetum.*
(dice Lucas de Tuy), *podagrica*

mente todas las máquinas contra los muros y puertas de Leon. Por espacio de algunos dias fingió el caudillo mahometano atacar por la parte de Oeste para simular el verdadero ataque que habia dispuesto por el Sur. Ya logró derruir una parte de la muralla, y las ferradas puertas comenzaban á bambolear. El conde Guillermo, enfermo y postrado, quebrantadas sus fuerzas con las largas fatigas, avisado por los suyos del aprieto en que se veian, hizose ajustar su armadura y conducir en silla de manos desde el lecho en que yacía á la parte mas amenazada del muro y donde el peligro era mayor. Desde allí alentaba á los bravos leoneses á que defendieran con brio su ciudad, sus haciendas, sus vidas y las de sus hijos y mugeres. A sus enérgicas exhortaciones se debió la resistencia heroica de los últimos tres dias. Irritado Almanzor con la obstinacion de aquellos valientes, ante cuyas espadas caian diezmados en las brechas los soldados musulmanes, fué el primero que penetró dentro de la ciudad con la bandera en una mano y el alfange en otra: siguiéronle multitud de sarracenos: el intrépido, el brioso, el imperturbable Guillermo pereció en su puesto al golpe de la cimitarra de Almanzor. Vino la noche, y pasáronla todavía los alarabes sobre las armas sin atreverse á penetrar en el corazon de la ciudad. A la primera hora de la mañana siguiente comenzó el saqueo y el degüello general, de que no se libraron ni ancianos, ni mugeres, ni

niños: jamás en dos siglos y medio de guerras desde que habia dado principio la restauracion habia sufrido ningun pueblo cristiano tragedia igual (1). Las bronceadas puertas fueron derribadas, y los macizos muros en gran parte arrasados por orden de Almanzor.

Astorga, la segunda ciudad de aquel reino, fué tambien tomada, no sin porfiada resistencia. «Pero sus defensores, añade el historiador árabe, trabajaron en vano, pues Dios destruyó sus fuertes muros y gruesos torreones.» No pasó por entonces mas adelante aquel genio de la guerra; rápido en sus conquistas y constante en su sistema de expediciones, logrado su principal objeto volvióse á Córdoba, si bien destruyendo al paso á Exlonza, Sahagun, Simancas y algunas otras poblaciones (2). Terrible en verdad habia sido esta campaña para los cristianos. Era la primera vez desde Alfonso el Católico que el estandarte de Mahoma ondeaba en la capital de la primitiva monarquía. Quedaban por allí reducidos sus límites á los que tuvo en los primeros tiempos de la reconquista.

Hombre político era Almanzor al mismo tiempo

(1) Luc. Tudens. Chron. p. 89. — Conde, cap. 97.

(2) No sabemos con qué fundamento pudo decir Mariana que tomó tambien los castillos de Alva, Luña, Gordon y otros que resguardaban á Asturias, contra los

testimonios de Lucas de Tuy y de Pelayo de Oviedo: este último dice espresamente: *Asturias, Gallaciam et Berizum non intravit. Lunam, Alvam, Gordonem non intravit.*

que guerrero. En el tiempo que despues de sus expediciones descansaba en Córdoba, su casa era una especie de academia á que asistian los poetas y sábios, á los cuales todos trataba con la mayor benevolencia y consideracion, y sus obras las premiaba con tanta liberalidad como hubieran podido hacerlo los dos últimos califas. El estableció una especie de universidad ó escuela normal para la enseñanza superior, en que solo entraban los hombres ya ilustres por su erudicion ó por las obras de un mérito especial y relevante, y él mismo solia concurrir á las aulas y tomar asiento entre los alumnos, sin permitir que se interrumpieran las lecciones ni á su entrada ni á su salida, y muchas veces premiaba por sí mismo á los discípulos sobresalientes. Estraña amalgama esta que vemos en los árabes, tan dispuestos para pelear en los campos de batalla como para discutir en las academias, tan aptos para las letras como para la milicia, para la pluma como para la espada.

Entretanto el imbécil califa Hixem, aunque mozo ya de diez y ocho años, continuaba bellamente apisionado en su palacio de Zahara y sus deliciosos jardines, sin que nadie pudiese verle sin licencia de su madre y del ministro soberano. Y cuando en las Pascuas y otras fiestas solemnes asistia por ceremonia á la mezquita, no salia de su *maksura* hasta que todo el pueblo se hubiese retirado, y entonces volvía, ó por mejor decir, le volvian á su alcázar rodeado de

su guardia y de su córte sin que apenas pudiese ser visto del pueblo (1).

En el mismo año de la toma de Leon ocurrieron en Africa novedades grandes para los musulimes españoles. Aquel Alhassam, á quien vimos en 975 embarcarse en Almería para Tunez y Egipto, aquel prisionero africano tan generosamente recibido y tan espléndidamente agasajado por el califa Athakem II., prosiguiendo en su carrera de ingraticudes reapareció ahora en Tunez, y ayudado de Balkim, al frente de tres mil caballos y algunos cabilas berberiscos, recorrió el Magreb y se hizo proclamar en muchas ciudades. Almanzor no podia ver con serenidad este movimiento del ingrato Edrisita, é inmediatamente encomendó la guerra de Africa á su hermano Abu Alhakem Omar ben Abdallah. Pero la expedicion de Omar del otro lado del estrecho no fué tan feliz como lo habian sido las de su hermano en la Península. El ejército andalúz fué deshecho en una sangrienta batalla, y el emir edrisita obligó al hermano de Almanzor á refugiarse en Ceuta, donde le tuvo estrechamente bloqueado. No era posible que el orgullo de

(1) Llamábase *maksura* la tribuna de los califas un poco elevada sobre el pavimento en la parte principal de la mezquita. La colocacion del pueblo era la siguiente: los jóvenes se ponian detrás de los ancianos, las mugeres detrás de los hombres y separadas de ellos: estos no se movian hasta que no hubiesen salido todas las mugeres. Las doncellas no iban á las mezquitas en que no tuviesen un lugar apartado, y siempre asistian muy tapadas con sus velos. Conde, cap. 98.

Almanzor sufriera humillacion semejante: y asi envió seguidamente á Africa á su mismo hijo Abdelmelik, jóven que al lado de su padre habia sabido ganarse en pocos años una reputacion militar aventajada. Tal era la influencia de su nombre, que á la noticia de su arribo á Ceuta dándose Alhassam por perdido le despachó mensageros solicitando un arreglo, y ofreciéndose á pasar él mismo á Córdoba á ponerse á la merced del califa Hixem, siempre que se le diera seguro para él y su familia. Otorgóselo Abdelmelik, y en su virtud volvió á embarcarse para España el tantas veces rebelde y tantas veces sometido Alhassam. Equivocóse esta vez en sus cálculos: creeria sin duda encontrar otro califa tan generoso como Alhakem, y lo que encontró fué un comisionado de Almanzor encargado de cortarle la cabeza en el camino, como asi lo ejecutó, enviándola á Córdoba en testimonio del cumplimiento de su comision. Asi terminó su carrera de deslealtades el temerario Alhassam, y con el acabó en Magreb la dinastía de los Edrisitas que habia comenzado con la proclamacion de Edris ben Abdallah en el año arábigo de 172, y concluyó con la muerte de Alhassam ben Kenuz en el de 375, habiendo de este modo durado 202 años y 5 meses lunares. El hijo de Almanzor tomó con este motivo el título que tanto le lisonjeaba de Almudhaffar, ó vencedor feliz.

No impidieron estas guerras ni interrumpieron las

expediciones periódicas de Almanzor á tierras cristianas. En el otoño del propio año de 984 volvió á acabar de arruinar el reino de Leon, y entonces fué sin duda cuando tomó á Gormaz y Coyanza, hoy Valencia de Don Juan. A la primavera siguiente (que las primaveras y otoños eran siempre las estaciones que elegia para sus rápidas y afortunadas irrupciones), la tempestad periódica fué á descargar á la region oriental. Tocóle esta vez á Cataluña. Salió, pues, Almanzor de Córdoba con lo mas escogido de su caballería. Detúvose en Murcia aguardando las naves y tropas que habian de acudir de Algarbe á proteger sus operaciones militares en Cataluña. Los árabes describen con placer el suntuosísimo hospedage que se hizo á Almanzor y á los suyos en los veinte y tres dias que permanecieron en Tadmír. Alojábase el regente en casa del gobernador de la provincia Ahmed ben Alchatíb: los manjares mas raros y esquisitos, las frutas mas delicadas se presentaban diariamente á su mesa: los aromas mas estimados de Oriente se deramaban con prodigalidad, y todas las mañanas aparecia lleno de agua de rosas el baño de Almanzor y de sus principales vazzires. A todas sus tropas se dieron cómodos alojamientos, y todos dormian en camas ricamente cubiertas con telas de seda y oro. Cuando Almanzor al tiempo de partir pidió la cuenta de los gastos, dijéronle que todo se habia hecho á espensas del gobernador Ahmed. «En verdad, exclamó

mó, que este hombre no sabe tratar gentes de guerra, que no deben tener mas arreo que las armas, ni mas descanso que el pelear, y me guardaré bien de enviar otra vez por aqui mis tropas: mas por Alá que un hombre tan generoso y espléndido no debe ser un contribuyente comun, y yo le relevo de todo impuesto por toda su vida (1).»

Tomó desde allí Almanzor el camino de Barcelona, mientras las naves hacian su derrotero por la costa hasta la capital del condado. El conde Borrell, á quien los árabes daban el título de rey de Afranc (2), salió con numerosas tropas á hacer frente á las del caudillo sarraceno; ¿pero quién podia resistir al ímpetu de los aguerridos y victoriosos soldados de Almanzor? Los cristianos de las montañas fueron arrollados, y buscaron su salvacion dentro de los muros de Barcelona; los musulmanes cercaron la ciudad con ardor y resolucion: Borrell se fugó una noche como en otro tiempo el walí Zeid, solo que aquel lo hizo por mar, y mas afortunado que el moro, á favor de las tinieblas pasó sin ser visto por en medio de los bageles algarbes: á los dos dias la ciudad se rindió

(1) Ebn Hayan, Hist. de los Alamerías.—Abu Bekr Ahmed ben Said, en Conde, cap. 98.

(2) Es muy extraño que el juicio de Roseew-Saint-Hilaire diga al hablar de esta expedicion: «Esta ciudad (Barcelona), mandada por un conde Borrell, feudatario de los reyes francos.....» Pues no

debía ignorar este ilustrado autor que el feudo de los reyes francos habia concluido con Wifredo el Velloso, y que hacia mas de un siglo que el condado de Barcelona constituia un estado independiente. En el mismo error incurre Romey, si mal no los hemos comprendido.

por capitulacion, y Almanzor se encontró dueño de las capitales de dos estados cristianos, Leon y Barcelona (1). En seguida se volvió á Córdoba por el interior de España. Tal era el sistema de Almanzor, invadir, conquistar, volverse, y prepararse para otra invasion (985).

Faltaba el otoño de aquel año, y no podia dejar de aprovecharle el incansable sarraceno. Las sierras y montañas de Navarra fueron el campo de sus triunfales correrías; Sancho Garcés el Mayor probó á su turno cuán impetuosas eran las acometidas del guerrero musulman, el cual despues de haber devastado el pais de Nájera, volvióse á invernar á Córdoba cargado de despojos.

Su llegada á la córte musulmica coincidió con la de su hijo Abdelmelik, el triunfador de África, que habia ido á celebrar sus bodas con su sobrina la jóven Habiba. La descripcion que hacen los árabes de estas famosas bodas y de las fiestas y regocijos con que se celebraron, nos informan de sus costumbres en estas ceremonias solemnes, si bien las del hijo de Almanzor se hicieron con una pompa desacostumbrada. El ministro absoluto convidó á las fiestas hasta á los cristianos: distribuyó á su guardia armas y vestuarios lujosos: dió abundantes limosnas á los pobres de los hospicios, dotó un gran número de doncellas menes-

(1) Gesta Comit. Barcinon. c. Barcelona.—Conde, cap. 98. 7.—Los dos Chronicones de Bar-

terosas, y prodigó regalos á los poetas que con mejores versos cantaron el mérito y las virtudes de los dos esposos. La novia fué paseada en triunfo por las calles principales, acompañada de todas las jóvenes amigas de la familia, precedidas del cadí y de los testigos, y seguidas de los principales jeques y caballeros de la ciudad. Doncellas armadas de bastoncitos de marfil con puño de oro guardaban el pabellon de la novia: el novio acompañado de gran séquito de nobles mancebos de su familia, armados de espadas doradas, habia de conquistar el pabellon de la novia, defendido en su entrada por la guardia de sus doncellas. Los jardines estaban espléndidamente iluminados: en los bosquecillos de naranjos y arrayanes, en derredor de las fuentes, en los lagos y estanques, en todas partes ondeaban vistosas banderolas, y coros de músicos acompañaban las lindas canciones en que se presagiaba la felicidad de los dos esposos: el pabellon de la desposada fué asaltado y conquistado por el novio despues de un simulacro de combate entre los mancebos y las doncellas: toda la noche duraron las músicas y los conciertos, y la fiesta se repitió al dia siguiente (1).

(1) Conde, cap. 99.—En este tiempo colocan tambien algunos de nuestros historiadores otras fiestas nupciales celebradas en Burgos, con poca menos solemnidad, pero de bien mas trágicos resultados que las de Córdoba.

Eran las del famoso castellano Ruy Velazquez, señor de Villaren, con doña Lambra, natural de Bribiesca, señora tambien de una gran parte de la Bureba, y prima del conde de Castilla Garcí Fernandez. Terrible é inolvidable me-

Mas ni las bodas de su hijo, ni los sucesos de Africa en que figuraba ahora la familia de los Zeiries

moria dejaron estas bodas en España por la sangrienta catástrofe á que dieron ocasion, al decir de estos autores. Hablamos de la célebre aventura de los *Siete Infantes de Lara*.

Eran estos siete hermanos hijos de Gonzalo Gustios y de Sancha Velazquez hermana de Ruy, y nietos de Gustios Gonzalez, hermano de Nuño Rasura, y por consecuencia oriundos de los jueces y condes de Castilla. Su padre, dicen, les habia construido un so-

berbio palacio repartido en siete salas, de donde se llamó el pueblo *Salas de los Infantes*. Habia convidado Ruy Velazquez á sus bodas á sus siete sobrinos, que en áquel dia fueron armados caballeros por el conde don García. Ocurrió en la fiesta nupcial un lance desagradable entre Alvar Sanchez, pariente de los novios, y Gonzalo, el menor de los siete infantes, que uno de los romances compuestos por Sepúlveda describe asi:

Un primo de doña Lambra,
que Alvar Sanchez es llamado,
vió que caballero alguno
no alcanzaba en el tablado.

Ninguno dió miente á ello,
que están las tablas jugando:
solo Gonzalo Gonzalez,
el menor de los hermanos,
que á furto de todos ellos
cabalgaba en un caballo.

Alvar Sanchez con pesar
al infante ha denostado.
El respondió á sus palabras,
á las manos han llegado.
Gran ferida dió el infante
á Alvar Sanchez su contrario.

Doña Lambra que lo vido
grandes voces está dando,
feriase en el su rostro
con las manos arañando.....

En su despecho la buena de doña Lambra mandó á un criado que arrojase al rostro de Gonzalo un cohombro empapado en sangre, que era la mayor afrenta que podia hacerse á un caballero castellano. Este vengó el ultrage ma-

tando al osado sirviente en el regazo mismo de doña Lambra á que se habia guarecido. La señora pidió venganza á su esposo en los términos que expresa otro romance:

que habia de fundar una nueva dinastia en Almagreb, nada estorbaba á Almanzor para continuar sus cam-

Matáronme un cocinero
so faldas de mi brial:
si de esto no me vengades,
yo mora me iré á tornar.

Ruy Velazquez, deseoso de complacerla, juró vengarse no solo de Gonzalo sino de todos sus hermanos, y hasta de su padre. Al efecto envió primeramente á Córdoba á Gonzalo Gustios con pretexto de que cobrase ciertos dineros que el rey bárbaro (dice el P. Mariana) habia prometido, pero haciéndole portador de una carta semejante á la de Urías en que encargaba al rey moro que tan pronto como llegára le hiciese quitar la vida. No lo hizo así el moro, ó por humanidad, ó por respeto á las canas de hombre tan principal y venerable, antes le puso en una prision tan poco rigurosa, que la hermana del rey moro le solia hacer frecuentes visitas, aficionándose tanto al prisionero cristiano que de tales visitas vino á resultar con el tiempo el que dicha señora diera al mundo un Mudarra Gonzalez, fruto de sus amores, que despues vino á ser el fundador del linage nobilísimo de los Manriques de Lara. Tal gracia debió hallar la princesa mora en las canas del venerable castellano.

Meditando entretanto Ruy Velazquez cómo vengarse de los siete hermanos; logró ganar á los moros de la frontera y en combinacion con estos les armó una celada en los campos de Araviana á la falda del Moncayo en que descuidados los de Lara y no pudiendo sospechar la traicion fueron todos asesinados en union con su

ayo Nuño Salido, aunque no sin que peleasen como buenos y derramaran mucha sangre de enemigos. Ruy Velazquez envió á Córdoba á Gonzalo Gustios el horrible presente de las cabezas de sus siete hijos, que reconoció el desgraciado padre á pesar de lo magulladas y desfiguradas que llegaron. Movido á compasion el rey de Córdoba dió libertad á Gonzalo, y le dejó ir á Castilla, sin que nos digan qué fué despues de este infortunado padre. Lo que nos dicen es que cuando el niño Mudarra, fruto de sus amores de prision, llegó á los catorce años, á persuasion de su madre pasó á Castilla, y ayudado de los amigos de su familia vengó la muerte de sus hermanos matando á Ruy Velazquez, y haciendo que doña Lambra muriese apedreada y quemada; accion por la cual no solo mereció que el conde de Castilla le hiciese aquel mismo dia bautizar y le armase caballero, sino que su misma madrastra doña Sancha le adoptase por hijo y heredero del señorío de su padre. Esta adopcion se hizo al decir de nuestras historias con una ceremonia bien singular. Dicen que la doña Sancha metió al mancebo por la manga de una muy ancha camisa (que bien ancha era menester que fuese por delgado que supongamos al recién cristianado moro), le sacó la cabeza por el cuello, le dió paz en el rostro, y con esto quedó recibido por hijo.

pañas periódicas. Otra vez en 986 volvió sobre Castilla, y tomó sin resistencia notable á Sepúlveda y Za-

De aqui viene, añade el P. Mariana con admirable candidez, el adagio vulgar: «entra por la manga y sale por el cabezon.»

Tal es la famosa historia, anécdota ó aventura de los *Siete Infantes de Lara*, tan celebrada por poetas y romanceros, sacada de la Crónica general, desechada como fabulosa por muchos criticos, admitida por otros como cierta en su fondo, pero desestimando las circunstancias ó ridiculas ó inverosímiles, y adoptada con todos sus episodios por el P. Mariana. Sus editores de la grande edicion de Valencia le ponen la siguiente nota: «Nuestros escritores mas estimables tienen por aventuras caballerescas la desgraciada muerte de los Infantes de Lara, los amores de don Gonzalo Gustios con la infanta de Córdoba, la adopcion de Mudarra Gonzalez, hijo de estos hurtos amorosos, y que este héroe imaginario haya sido tronco nobilísimo del linage de los Manriques. Seria detenernos demasiado hacer demostracion de tal fabula, y mucho mas producir los argumentos con que se desvanece, que pueden ver los lectores en los capitulos 11 y 42 del libro II. de la *Historia de la Casa de Lara* del erudito Salazar; aunque por respeto á la antigüedad no se atreve este excelente genealogista á negar el suceso de los Siete Infantes de Lara. Don Juan de Ferreras trató tambien separadamente de este asunto en el t. XVI. cap. 44, pág. 99 de su *Hist. de Esp.* (equivocan la página de Ferreras, pues es la 418).»

De novela la califica tambien el señor Sabau en sus ilustracio-

nes á Mariana. Pero el ilustrado don Angel Saavedra, duque de Rivas, en la nota tercera á la página 488 del tomo II. de su *Moro Expósito* nos hace conocer el siguiente documento, que existe (dice) en el archivo del duque de Frias, actual poseedor de los estados de Salas, el cual puede dar diferente solucion á la cuestion de autenticidad de esta tradicion ruidosa.

«En 12 de diciembre de 1579 se hizo una informacion de oficio por el gobernador de la villa de Salas, con asistencia de los señores don Pedro de Tovar y doña Maria de Recalde su muger, marqueses de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano de número de ella, de la cual resulta, que pues alli habia en la iglesia mayor de Santa Maria, en la pared de la capilla del lado del Evangelio las cabezas de los *Siete Infantes de la Hoz de Lara, y la de Gustios su padre, y la de Mudarra Gonzalez su hijo bastardo*, que por haber tantos años que estaban alli, y ser los letreros antiquísimos dudaban algunas personas si era verdad, mandase abrir las pinturas de ellas, y armas con que estaba cubierta dicha pared, para saber lo que habia dentro y enterarse de la verdad. Y dicho gobernador poniéndolo en ejecucion, mandó á un oficial que quitase una tabla pintada, que estaba inclusa en la dicha pared, la cual tiene siete cabezas de pintura antigua, al parecer de mas de cien años, y encima de ellas hay siete letreros cuyos nombres dicen: *Diego Gonzalez, Martin Gonzalez, Suero Gonzalez, don Fernan Gon-*